

mente incluso con éxito. Se constata que la naturaleza y la sociedad ponen en juego múltiples mecanismos de corrección, de compensación, de sublimación, etc. Se constata que es el «vacío moral» y el fallo personal (del padre, de la madre o de ambos en sus relaciones mutuas) el que produce consecuencias más dañinas y difíciles de sanar. Se constata que las instituciones sociales pueden suplir con ventaja a los padres en los aspectos técnico-profesionales de la instrucción, pero no en los dominios estrictamente formativo-morales de la personalidad y de la educación. Se constata que la casi totalidad de jóvenes marginados y muchas de las malformaciones psíquico-caracterológicas de personalidades taradas se deben al influjo moral negativo y contraproducente del padre, de la madre o de ambos conjuntamente (conducta moral desarreglada, abandono o despreocupación, divorcios, exceso de cariño alicorto y egoísta, etc.). El balance es, sin embargo, esperanzador y acuciante: los padres tienen en sus manos, y en su responsabilidad, la empresa apasionante e infinitamente decisiva de conformar el alma y el ser de sus hijos y lanzarlos así a la vida y a la convivencia.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

ALEJANDRO, José M.<sup>a</sup> (S. J.): *Gnoseología*. Serie Monográfica de Filosofía. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1969. 504 págs.

Es natural en los hombres—dice Aristóteles—el deseo de conocer, y es esta tendencia humana tan fuerte como lo son en el hombre la de conservación de la vida y la propagación de la especie. Por eso, siguiendo esta tendencia, los hombres han buscado las causas de las cosas que en todos los tiempos han despertado su admiración. Y con la admiración de las cosas y el deseo de conocer sus causas nació la filosofía. El problema del conocimiento es, pues, tan antiguo como el hombre, si bien el conocimiento como problema y su presentación en el primer plano de la filosofía tenga raíces modernas, sobre todo a partir de Kant y los neokantianos.

En el libro que presentamos, la primera cuestión que nos salta a la vista—dice el autor—es la del nombre con que ha de designarse un tratado sobre el conocimiento humano, cuya multiplicidad de denominaciones es impresionante. *Epistemología* para unos, *noética*, *criteriología*, *gnoseología*, *lógica maior*, *crítica*; Kant la llama *noogomía*, y otros críticos la llaman *metafísica defensiva*, *lógica material*, *metafísica fundamental* y, más recientemente, *teórica de la ciencia*. Aun cuando esta multiplicidad no es arbitraria, el autor se inclina por la denominación de *Gnoseología antropológica*.

Y la llama *Gnoseología antropológica* para huir de un abstraccionismo intelectualista y de cualquier racionalismo cartesiano. Una *gnoseología* que pretenda resolver los problemas que el conocimiento plantea al ser humano, ha de considerar como fundamental que el *homo singularis*, como sujeto de conocimiento, es el *suppositum cognoscens*, y si

no tiene en cuenta la unidad real del sujeto que conoce, y sin esa unidad concreta, singular, «el conocimiento se convierte en un enigma, precisamente por perder de vista esa realidad riquísima del sujeto como *homo singularis* o como *suppositum cognoscens*». Es el yo—«soy yo como supuesto humano—quien conoce, porque si es verdad que se conoce por medio del entendimiento, "sin el 'yo' que conoce, el conocimiento sería imposible como acto gnoseológico". O, en otros términos, considera el autor el conocimiento "desde el hombre real, no desde una abstracción"».

Es interesante esta interpretación gnoseológico-antropológica que hace el autor y que «es el subsuelo positivo del libro que presentamos». Es más el *hombre* como supuesto humano que la persona racional lo que interesa a una metodología gnoseológica concreta. Lo que significa que el autor considera realmente el *supuesto humano*, en cuanto *suppositum cognoscens* como la expresión gnoseológica de persona—la *persona gnoseológica*—. Por eso no hay gnoseología animal y el hombre trasciende a la materia y a la animalidad. Pero la *persona* se realiza progresivamente por la *personalidad*. Usando una expresión existencialista, el autor afirma que el hombre por la *persona*, es; por la *personalidad*, existe.

Considerada la personalidad como plenitud del autoconocimiento, como la madurez de la persona, la personalidad «es como el primer pilar gnoseológico». La realización progresiva de la persona «se efectúa a base de estructuras gnoseológicas: *el conocer es nervio vital de la personalidad*». El hombre es lo que conoce y como lo conoce, «es proporcional a su conocimiento», y un conocimiento pobre da por resultado una personalidad oscura, elemental, reducida casi a la fisiología; «el conocimiento pobre—dice el autor—nos arrastra a las existencias inauténticas de que hablan algunos filósofos existencialistas», por el contrario, un conocimiento rico «crea personalidades brillantes, quizá equívocas, pero ciertamente poderosas cuya presencia se hace sentir en la sociedad».

*Personalidad y sociedad* se necesitan porque ambas son el campo del desarrollo humano. Es por la *gnosis* como el hombre va metiéndose en la sociedad en que vive, y cuando falta la riqueza del conocer no existe propiamente personalidad, quedando la persona agazapada en un rincón de la trastienda metafísica en el que la persona queda inoperante y estéril. «Sin el conocer, el hombre se convierte en un *número*, la sociedad se convierte en *grey*, la personalidad se convierte en *cosa*, la racionalidad de la persona se convierte en *debilidad mental*».

Para el P. de Alejandro, la crisis real del hombre contemporáneo es una *crisis de personalidad*, y a ella hemos llegado por la progresiva *desintegración del conocimiento*; las teorías gnoseológicas son una manifestación visible y formulada de esta desintegración progresiva que nos arrastra a la *despersonalización*, como término de un proceso esencialmente gnoseológico, «según las últimas revelaciones de las modernas gnoseologías».

No se puede decir más en defensa del conocer, y ese pangnoseologismo, tan subrayado por el autor, nos parece el aspecto más interesante de su *Gnoseología antropológica* cuyo título queda así ampliamente jus-

tificado. Esta Gnoseología pretende fundamentar las bases de un verdadero humanismo y una dirección personalista del conocimiento frente a las Gnoseologías matematicistas que adolecen de su falta de aplicación al hombre y son inútiles para resolver los grandes problemas que plantea la *gnosis* humana, de cuya solución depende esencialmente el problema de la personalidad del hombre. «Creemos—termina el autor—que el conocer es, ante todo, una *forma de vida* y no una *igualdad matemática*».

En esta Gnoseología presenta P. de Alejandro un avance de lo que quiere que sea una meditación gnoseológica enraizada en las viejas gnoseologías, pero preocupada con el querer dar una solución a la inseguridad gnoseológica del hombre contemporáneo.

Así, tras unos capítulos sobre una filosofía crítica del conocimiento, el conocimiento como problema, metodología crítica, el conocimiento gnoseológico, sobre la verdad, la certeza, el mito y el error, estudia las *posiciones gnoseológicas*: escépticas, empiristas, racionalistas e idealistas, haciendo una breve y acertada crítica de cada una. Las modernas corrientes gnoseológicas, sociología del conocimiento, gnoseología de lo irracional y de la sensación, el realismo crítico, la gnoseología del conocer científico, el conocer histórico y el conocer por la fe o autoridad, completan el contenido de este interesante libro del profesor de la Universidad de Comillas, que es uno más de cuantos sobre el conocimiento y sus problemas viene apareciendo reseñados en nuestro ANUARIO.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ

AUZIAS, Jean-Marie: *El estructuralismo*. Alianza Editorial. Madrid, 1969. 188 págs.

Otro libro sobre el estructuralismo. Su autor se propone una exposición «compleja» de lo que «es, de suyo, complejo». El título original del libro de Auzias es *Clefs pour le structuralisme* (París, 1967) que, traducido al español por S. González Noriega, aparece recientemente con el nombre de *El estructuralismo* y que, como ya advertimos al presentar en estas mismas páginas otros libros sobre el estructuralismo, tiene, como aquéllos, expectante acogida.

Intenta Auzias en este libro hablar del estructuralismo con la finalidad «de que el mayor número posible de personas se planteen cada vez más preguntas y no para producir uno de esos libros que contribuyen a la cultura de masas, que no es otra cosa que servidumbre». El estructuralismo no es imperialista. Pretende ser científico, y lo es.

Empieza el autor, al pretender determinar el campo estructuralista, haciendo afirmaciones tajantes y absolutas que, como tales, tienen en el campo de las ciencias, como en todo el saber científico humano, sus riesgos y suscitan animadas polémicas. La primera de estas afirmaciones es: «*El estructuralismo es Lévi-Straus*», porque «de hecho el pensamiento estructuralista puede ser enteramente definido por los trabajos